
Juegos Olímpicos y ciudades

Oportunidades, ambiciones y fracasos

Eckart Woertz (coord.)

CIDOB

BARCELONA
CENTRE FOR
INTERNATIONAL
AFFAIRS

COLECCIÓN MONOGRAFÍAS

© 2016 CIDOB

CIDOB edicions
Elisabets, 12
08001 Barcelona
Tel.: 933 026 495
www.cidob.org
cidob@cidob.org

Depósito legal: B 17501-2016

Barcelona, julio 2016

SUMARIO

INTRODUCCIÓN	5
<i>Eckart Woertz</i>	
LA POLÍTICA DE LAS OLIMPIADAS	9
<i>Eckart Woertz</i>	
LOS IMPACTOS ECONÓMICOS DE LOS JUEGOS OLÍMPICOS	13
<i>Jordi Bacaria</i>	
CUATRO HISTORIAS OLÍMPICAS EN ESTADOS UNIDOS: ¿EL RIESGO DE MORIR DE ÉXITO?	17
<i>Paula de Castro</i>	
BEIJING 2008: UN MUNDO, UN SUEÑO	21
<i>Oriol Farrés</i>	
DE SOCHI A RÍO: LA RUSIA DE PUTIN ANTE EL ESPEJO OLÍMPICO	25
<i>Nicolás de Pedro</i>	
RÍO DE JANEIRO: DE LAS MIELES DEL OLIMPO A LA DESILUSIÓN	29
<i>Anna Ayuso</i>	
LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE BARCELONA'92: LA OPORTUNIDAD PERFECTA PARA LA TRANSFORMACIÓN URBANA	33
<i>Josep M. Coll</i>	
LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE LONDRES 2012	37
<i>Francis Ghilès</i>	
ATENAS 2004: ¿PRELUDIO DE LA CRISIS?	41
<i>Pol Morillas y Héctor Sánchez Margalef</i>	
ESTAMBUL: ETERNA CANDIDATA	45
<i>Eduard Soler i Lecha</i>	

Desde su reinicio hace más de cien años, la política ha acompañado los juegos olímpicos modernos. Los juegos se han utilizado para promover intereses nacionales, exhibir visiones ideológicas del mundo y llamar la atención sobre algunas causas –como la lucha contra el racismo y la discriminación de género. Desde la década de los ochenta del siglo pasado, sin embargo, la dimensión económica de las olimpiadas ha pasado a un primer plano, tras el incremento de su comercialización mediante contratos de televisión y patrocinios. Las ciudades que aspiran a acogerlos tratan, así, de presentar una oferta mejor que las demás para aumentar su prestigio y lograr su deseada transformación urbana. Sin embargo, la ciudadanía está cada vez más preocupada por el coste que este evento supone para el erario público y se indigna ante los escándalos de corrupción que se han asociado a su organización.

Los Juegos de verano de este año en Río de Janeiro son un ejemplo de ello. Se adjudicaron a la ciudad en 2009, en un momento de optimismo generalizado sobre las perspectivas económicas de los mercados emergentes como Brasil, pero el país sufre en la actualidad una triple crisis nacional (económica, política y social). Los sobrecostes, las obras de construcción inacabadas y los escándalos de soborno están siendo investigados. Y mientras las instalaciones olímpicas se localizan en su mayoría en el sur de Río –la zona más rica–, muchos de los habitantes más pobres de la ciudad han quedado relegados de las prioridades de la ciudad, desalojados de las favelas centrales donde habitaban y sin haber recibido la vivienda social alternativa que se les había prometido. No obstante, también ha habido ejemplos de impactos positivos de los juegos olímpicos, como el proceso de transformación urbana de Barcelona, que pasó de ser una ciudad industrial a un centro de turismo y servicios después de sus juegos de verano de 1992, los cuales inspiraron a los organizadores de los Juegos de Londres en 2012.

En este contexto, esta publicación conjunta de investigadores de CIDOB explora los desafíos y las oportunidades que suponen los juegos olímpicos para las ciudades anfitrionas. Eckart Woertz describe la historia de la política en torno a los juegos, que va desde su instrumentalización por la Alemania nazi en Berlín en 1936 –cuando se introdujeron muchos aspec-

tos de su iconografía moderna–, a las amenazas de boicot y boicots efectivamente realizados –a partir de la década de los cincuenta–, hasta el fuerte impulso de su comercialización desde los juegos de verano de Los Ángeles en 1984.

Jordi Bacaria analiza los efectos económicos de los juegos olímpicos en ciudades anfitrionas como Beijing, Río y Sidney, así como la planificación de sus infraestructuras. Señala el carácter procíclico de muchas de las inversiones que les son asociadas –que pueden comprometer los beneficios económicos–, así como la creación de «elefantes blancos».

Paula de Castro revisa los cuatro juegos olímpicos celebrados en Estados Unidos. Estos establecieron nuevos estándares en términos de acuerdos de patrocinio (Los Ángeles 1932 y 1984, Atlanta 1996), pero también fueron eclipsados por un escándalo de corrupción durante los Juegos Olímpicos de invierno de Salt Lake City en 2002.

Oriol Farrés, por su parte, analiza los Juegos de verano de Beijing 2008 con los que China trató de fortalecer su condición de modelo a seguir entre los países de mercados emergentes. El Gobierno tuvo éxito con su enfoque de planificación de arriba a abajo y estaba ansioso por mejorar la pésima calidad del aire de la ciudad, pero también tenía como objetivo cortar de raíz cualquier manifestación política. Contrariamente a lo que muchos esperaban, no se produjo una apertura política como consecuencia de los juegos, aunque a las minorías étnicas por lo menos se les concedió una presencia en las ceremonias celebradas.

Nicolás de Pedro examina los factores geopolíticos que estuvieron detrás de los juegos olímpicos de invierno de Sochi en 2014, los cuales contaron con el apoyo explícito y enérgico del presidente ruso, Vladimir Putin –en su búsqueda para demostrar el poder y el orgullo recuperados por Rusia después de la desaparición de la Unión Soviética.

Anna Ayuso muestra cómo la propuesta y la organización de los Juegos Olímpicos de Río 2016 se han arraigado en la política brasileña, así como el efecto que la reciente recesión económica del país está teniendo en los juegos que se celebrarán este verano.

Josep Coll se centra en el caso de los Juegos Olímpicos de verano de Barcelona 1992, que han sido ampliamente aclamados como ejemplo de olimpiadas sostenibles, con un impacto favorable para la ciudad anfitriona. Sin embargo, Coll también señala aspectos negativos, como las infraestructuras infrautilizadas una vez finalizados los juegos y casos de marginación social como resultado de la especulación inmobiliaria.

Como los de Barcelona, los juegos de Londres en 2012 son ampliamente considerados un éxito. Francis Ghilès, en este sentido, expone varios aspectos de la renovación urbana de la ciudad y de la readecuación de las infraestructuras, señalando también que puede observarse un crecimiento de la autoestima de la población tras grandes eventos deportivos; un efecto que fue bien recibido en una ciudad que aún estaba recuperándose de la estela de la crisis financiera mundial.

Pol Morillas y Héctor Sánchez centran nuestra atención en un ejemplo menos exitoso: los Juegos de verano de 2004 en Atenas, los cuales son

una advertencia en muchos aspectos. La espiral de costes pesó sobre una economía que, después de 2009, se hundió en una profunda crisis; y los consiguientes debates sobre el papel negativo de la corrupción y de las élites extractivas se ampliaron a la organización de las olimpiadas.

Por último, Eduard Soler ofrece una visión general de la «candidatura eterna» de Estambul y del fracaso de sus aspiraciones para los juegos olímpicos de 2000, 2008 y 2020. De haber tenido éxito, Turquía se hubiera convertido en el primer país de mayoría musulmana en acoger dicho evento. Las dudas recientes sobre la fortaleza económica de los mercados emergentes, la reanudación del conflicto kurdo en Turquía, su proximidad al atolladero de la guerra civil en Siria, así como el deterioro de sus relaciones internacionales con Europa, Rusia e Israel hacen poco probable que en un futuro próximo la ciudad tenga éxito con su oferta.

En conjunto, se observa un escenario donde los juegos olímpicos en ocasiones pueden tener un impacto positivo en las ciudades, pero estos están cada vez más ensombrecidos por la preocupación sobre su sostenibilidad financiera y social.

Eckart Woertz

Investigador sénior, CIDOB



Eckart Woertz

Investigador sénior, CIDOB

Los juegos olímpicos modernos se iniciaron en 1896, después de un paréntesis de 1600 años; una tradición reinventada de un antiguo ritual, privado esta vez de sus connotaciones religiosas originales y lleno de modernas aspiraciones de construcción de la nación e ideas aristocráticas sobre la formación del carácter. La marca se amplió con las primeras olimpiadas de invierno en 1924, en Chamonix; los primeros Paralímpicos en 1960, en Roma; y los primeros juegos olímpicos de la juventud, para jóvenes entre 14 y 18 años, en 2010, en Singapur.

Si bien los juegos olímpicos estaban destinados a celebrar el atletismo y la fraternidad, la política ha acompañado las olimpiadas modernas desde su comienzo: en la época del imperialismo, los estados-nación de Europa competían agresivamente entre sí y los recién llegados, como Rusia y Japón, trataban de entrar en el juego.

Los juegos olímpicos fueron un lugar de encuentro internacional con la idea de reunir a gente en paz, pero también fueron utilizados para celebrar el éxito de una nación y como escaparate de cosmovisiones ideológicas. La Unión Soviética no empezó a competir en los juegos olímpicos hasta 1952; se abstuvo de participar porque consideraba los juegos «burgueses» y, en su lugar, había organizado un evento deportivo internacional rival: las Espartaquiadas. Los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936 marcaron un punto de inflexión en términos de politización; aunque fueron concedidos inicialmente a un Gobierno alemán democrático –si bien asediado–, los nazis los instrumentalizaron para difundir su ideología de la superioridad racial y, al mismo tiempo, para aliviar las preocupaciones internacionales acerca de sus intenciones expansionistas.

Gran parte de la iconografía moderna en torno a los juegos olímpicos nació en ese momento. Fue la primera ocasión en que se introdujo el relevo de la antorcha de la llama olímpica y se incorporó en un ritual grandilocuente; Leni Riefenstahl fue pionera en el uso sugerente de imaginería iconográfica en su documental *Olympia*, y los juegos se difundieron por televisión por primera vez, si bien sólo para una audiencia local. Con la introducción de la transmisión por satélite en 1964 y de la televisión en color en 1968 esta *eventificación* de los juegos olímpicos

recibió un impulso adicional y allanó el camino para su comercialización en la década de los ochenta.

La visión nazi de la superioridad racial recibió un duro golpe cuando Jesse Owens ganó cuatro medallas de oro, por lo que Hitler se negó a encontrarse con él pues no quería ser visto estrechando la mano de un hombre negro. Los Juegos Olímpicos de Berlín también generaron discusiones en Estados Unidos acerca de un posible boicot por la persecución de judíos en Alemania, muy agravada por las leyes de Núremberg de 1935. Pero la iniciativa de boicot resultó infructuosa. Avery Brundage, más adelante presidente del Comité Olímpico Internacional (COI), destacó entre los que se oponían a la idea.

Los Juegos de 1940 y 1944 fueron cancelados a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Posteriormente, la politización de las olimpiadas continuó, al convertirse en un frente de batalla ideológico de la Guerra Fría. En 1956, los Juegos de Melbourne fueron boicoteados por tres motivos diferentes: algunas potencias europeas se abstuvieron en protesta por la represión soviética del levantamiento de Hungría ese mismo año; Irak, Líbano y Egipto protestaban por la crisis de Suez; y China porque se permitió competir a Taiwán como «República de China», lo que infringía su política de una única China. En 1976, muchos estados africanos también boicotearon los juegos en protesta contra la política del apartheid en Sudáfrica y Rhodesia. Finalmente, en 1980, el mundo occidental boicoteó los Juegos de Moscú, lo que provocó que la Unión Soviética y sus aliados correspondieran con un boicot a los Juegos Olímpicos siguientes de Los Ángeles en 1984.

En la historia reciente, se han sugerido boicots, sin éxito, en contra de los Juegos Olímpicos de Beijing de 2008, en protesta por la situación de los derechos humanos en China y por su política en el Tíbet; y luego en contra de los Juegos Olímpicos de Invierno de Sochi de 2014, para protestar por la participación de Rusia en la guerra ruso-georgiana de 2008, así como por el recrudecimiento de la represión contra activistas de derechos humanos y el colectivo LGBT en el país.

Asimismo, los juegos olímpicos han sido el blanco de los terroristas para capitalizar la atención que despiertan. Durante los Juegos de Múnich, en 1972, un comando terrorista palestino mató a 11 miembros del equipo israelí y la bomba de un terrorista de ultraderecha mató a una persona durante los Juegos de Atlanta en 1996. También los atletas los han utilizado como plataforma para transmitir mensajes políticos. En las Olimpiadas de Ciudad de México, en 1968, los velocistas estadounidenses Tommie Smith y John Carlos hicieron el célebre saludo del *Black Power*, con el puño en alto. De forma similar, un atleta checoslovaco protestó por la ocupación de su país por las fuerzas soviéticas el mismo año. La política también prevalece en los esfuerzos de Irán y otros países de Oriente Medio para evitar competir con atletas israelíes.

Los debates de género han sido otro aspecto de la política de las olimpiadas. Si bien se permitió competir a las mujeres ya en 1900, 35 naciones siguieron participando con equipos exclusivamente masculinos hasta 1992. En 2010 sólo Arabia Saudí, Qatar y Brunei seguían con esta práctica, aunque –tras presiones y amenazas de exclusión de los juegos– acabaron enviando a atletas femeninas en 2012. Otros conflictos en torno a

las olimpiadas incluyeron la falta de respeto de los derechos de las poblaciones nativas y la apropiación indebida de sus símbolos culturales.

Hoy en día, los debates políticos más predominantes están relacionados con los sobornos y con los costos exorbitantes para las ciudades anfitrionas. Bajo la presidencia de Avery Brundage (1952-1972) el COI se resistió a los patrocinios corporativos, defendiendo una ética del amateurismo cada vez más cuestionada. Los requisitos de amateurismo se eliminaron principalmente en la década de los setenta, excepto para el boxeo y la lucha libre. Durante la presidencia de Juan Antonio Samaranch (1980-2001) la comercialización recibió un impulso sin precedentes. Los juegos de Los Ángeles en 1984 marcaron un hito en los acuerdos y patrocinios televisivos.

Aunque los ingresos financieros ofrecían nuevas oportunidades para los organizadores y los atletas, también trajeron consigo acusaciones de corrupción y quejas acerca de los opacos procedimientos de adjudicación de los derechos de organización. En 1998, varios miembros del COI tuvieron que dimitir tras ser acusados de recibir sobornos para conceder los Juegos Olímpicos de Invierno de 2002 a Salt Lake City. Se han hecho acusaciones similares sobre los Juegos Olímpicos de Londres 2012 y sobre la oferta de Turín para los juegos de invierno de 2006.

Los habitantes de las ciudades anfitrionas y candidatas potenciales cuestionan cada vez más los costos exorbitantes en infraestructuras a menudo infrautilizadas tras los grandes eventos. En Brasil la gente protestó contra la corrupción generalizada en torno a los contratos de construcción para la Copa Mundial de la FIFA 2014 y los Juegos Olímpicos de Río 2016. Hamburgo y Múnich incluso rechazaron por referendo popular sus propias candidaturas para los juegos de verano de 2024 y de invierno 2022, respectivamente.

El atractivo de exhibir estatus y prestigio de mercado emergente o de antigua superpotencia renacida jugó un papel importante en las candidaturas olímpicas de Beijing, Río y Sochi. En los países desarrollados –que ya han acogido la gran mayoría de los juegos pasados– el apetito para llevar a cabo las inversiones asociadas es menos pronunciado hoy. Existe una demanda generalizada para reducir la magnitud de los juegos y hacerlos más sostenibles, así como para compartir los costes más equitativamente entre el COI y las ciudades anfitrionas. Puede que los futuros juegos olímpicos se celebren cada vez más en los países emergentes aspirantes, pero incluso allí el interés podría menguar dadas la disminución en su ritmo de crecimiento y de precios del petróleo, así como las peticiones de mayor responsabilidad. Parece que la futura política de los juegos olímpicos no tendrá tanto que ver con la geopolítica o con altisonantes declaraciones de ambiciones e ideales, sino con una realidad más prosaica: ¡La economía, estúpido!

Traducción: Ester Jiménez



Jordi Bacaria

Director, CIDOB

¿Cuándo en la historia de los juegos olímpicos modernos, la economía ha empezado a tener más importancia que los nobles ideales o la geopolítica? Hay que preguntarse en qué momento, además de la competición por el deporte y el prestigio de las marcas y medallas, ha cobrado importancia la rivalidad pura y dura del mundo de los negocios asociados al evento. Y a partir de cuándo la economía de las ciudades o de los estados implicados ha encontrado en la organización de los juegos una palanca para estimular la inversión, el crecimiento y el empleo. Otra pregunta es también ¿cómo se ha dado la transición desde el entusiasmo ciudadano por el evento y el hecho de sentirse partícipes del mismo –sin formar parte del cuerpo de los deportistas– hasta ser motivo de fuertes críticas y movimientos sociales en contra? En definitiva, cómo y cuándo la economía con sus impactos positivos y negativos ha ocupado el lugar predominante de los juegos olímpicos y por qué.

Resulta difícil establecer un criterio secuencial, porque en algunos casos se ha producido una eclosión de varios elementos a la vez. Pero, sin duda, es bajo la presidencia de Juan Antonio Samaranch del Comité Olímpico Internacional (1980-2001) cuando se inicia una nueva etapa de renacimiento del prestigio de los juegos. Con la celebración de estos en Los Ángeles en 1984, se incorpora al evento el mundo de la televisión y el patrocinio comercial, que revoluciona la economía de los juegos y en particular de la financiación de los costes asociados a su organización. Desde la Barcelona olímpica en 1992, se analiza este caso como un ejemplo de modelo de renovación urbana y de financiación de infraestructuras ligado a un proyecto estratégico de ciudad, con un fuerte impacto económico en el ámbito local y metropolitano. Pero no todos los casos desde entonces han sido de éxito. La deuda de los Juegos de Atenas de 2004, por ejemplo, todavía se sigue pagando, siendo uno de los factores añadidos de la crisis de la deuda griega al solaparse en poco tiempo con los efectos de la Gran Recesión de 2008.

En general, se puede hablar de una «resaca económica» de los juegos basados en estos modelos de expansión urbana y fuerte endeudamiento. Esta, en algunos casos, ha producido depresiones en la economía local después de un período de fuerte crecimiento del sector de la construcción

y del estímulo de la demanda de corto plazo asociada a los flujos de personas y turismo. Ni Barcelona post 92 se libró de tal resaca, aun cuando a largo plazo ha podido compensarlo por el factor de atracción de turismo. En todos los casos, la intensidad de la recesión ha dependido del tamaño de la economía nacional y de su capacidad de absorber el impacto negativo a corto plazo. No es lo mismo la economía de Beijing en el contexto de China que el de Atenas en el contexto de Grecia. Tampoco lo es el impacto de la economía nacional en relación con la economía internacional en la generación de impactos de crecimiento mundiales, como ha sido el caso de Beijing antes de las Olimpiadas de 2008, año que coincide (casualmente) con el inicio de la Gran Recesión. Si bien estudios económicos apuntan en general como efecto de los juegos un crecimiento de entre el 0,7% y el 1,5% del PIB, habría que considerar si ello se compensa con la posible recesión posterior.

El impacto económico negativo también puede ir asociado a la creación de «elefantes blancos» o grandes obras de infraestructura posteriormente infrutilizadas, como el Estadio Nacional de Beijing –conocido como el «nido del pájaro»–, que solo ha tenido cinco eventos desde su inauguración en 2008. Los «elefantes blancos» estimulan la demanda en el período de construcción; sin embargo, estas infraestructuras no producen a largo plazo el rendimiento necesario para la devolución de la deuda que les va asociada.

También otros juegos, como los de Londres en 2012 o en los de Atlanta en 1996 –sea porque tuvieron lugar cuatro años después de juegos de gran impacto (Beijing y Barcelona, respectivamente), sea porque su período de demanda ha coincidido con momentos de depresión económica, o porque la inversión ha sido baja (Sídney 2000) no han sufrido los mismo impactos que los Juegos que se han preparado y coincidido durante un período de expansión y por lo tanto procíclico que ha acen tuado el efecto burbuja.

Dado que el período de inversión relacionada con los juegos olímpicos es, por lo general, de unos seis años, se puede hablar de un crecimiento sostenido y anual durante el período de inversión. El caso de Beijing desde 2002 a 2008 es muy explícito: la tasa de crecimiento económico urbano anual fue del 12,6% en seis años –un 1,3% más que entre 1997 y 2001. Además, en 2008 se alcanzaron los 6.210 dólares de PIB per cápita de los residentes –casi el doble de 2001– y tal aumento se consiguió en solo dos años.

La inversión en infraestructura de los Juegos Olímpicos en Beijing alcanzó el record de toda la generada en los juegos que tuvieron lugar entre 1992 y 2012 (sin considerar los juegos de invierno). Beijing (2008) llegó a invertir unos 14 mil millones (billions) de dólares, Londres (2012) 13,7 mil millones, Barcelona (1992) unos 8 mil millones y Sydney (2000) unos 3 mil millones. Lo más significativo (aunque no sorprendente) de Beijing es la parte de inversión correspondiente al sector público, que representó el 85%; muy por detrás quedaron Sydney (64,4%), Londres (64,2%) y Barcelona (61,5%). Al impacto de la inversión habría que añadir el de los costes de la organización de los juegos, que en el caso de Barcelona se situaron en el 14,5% del coste total. Obviamente, si la inversión en infraestructuras representa el 85,5% de los costes, son estas las que se pueden disfrutar después de los juegos (transporte público, redes

urbanas, aeropuertos, villas olímpicas) al quedar a disposición de los residentes; aunque también subsiste en manos de los contribuyentes la parte de la deuda pública a largo plazo que se financia con impuestos.

En este sentido, se puede decir que, con carácter general, la organización de unos juegos olímpicos es un detonante de transformación urbana y de construcción de infraestructuras que permite dar un salto rápido en su consecución, aunque desde el punto de vista económico –y dado el mecanismo de financiación– se podría conseguir lo mismo mediante otros sistemas más convencionales y con mejor planificación estratégica. Por ello cabe pensar que existen otros motivos no estrictamente económicos y de renovación urbana que impulsan a las ciudades a emprender tal desafío. Y de ser económicos, estos entrarían en la categoría del «efecto desplazamiento», en el que un motivo extraordinario justifica *patrióticamente* un mayor gasto público con relación al PIB y, por lo tanto, una subida de impuestos para su financiación; pero, una vez recuperada la normalidad, el gasto público persiste para financiar nuevos gastos y, por ende, los impuestos no descienden.

Por tanto, algunos elementos –prestigio, diplomacia pública internacional, atracción de turismo, situarse en el mundo, etc.– pueden ser más relevantes que el puro factor económico. Este, en algunos casos, resulta contraproducente por su carácter procíclico e incluso podría acabar induciendo una cierta recesión que absorbiera los beneficios de la expansión.

CUATRO HISTORIAS OLÍMPICAS EN ESTADOS UNIDOS: ¿EL RIESGO DE MORIR DE ÉXITO?



Paula de Castro

Gestora de Proyectos, CIDOB

Estados Unidos es la potencia olímpica por antonomasia. Nadie como el coloso norteamericano ha sabido capitalizar estratégicamente la organización de diversos juegos olímpicos para proyectarse políticamente y obtener réditos económicos. Los juegos han sido, además, una oportunidad para desarrollar las infraestructuras de las ciudades que los albergaban y atraer inversión extranjera y turismo. Así, los Juegos de verano en Los Ángeles (1932 y 1984) y Atlanta (1996) y los Juegos de invierno de Salt Lake City (2002) ofrecen un ejemplo de cómo un país puede aprovechar estos eventos deportivos para promover sus valores y sus ciudades como símbolos de orgullo nacional. Pero Atlanta y, particularmente, Salt Lake han puesto también de manifiesto los riesgos inherentes de un modelo en el que los aspectos comerciales y corporativos juegan un papel cada vez mayor.

En términos generales, la fórmula que ha determinado el éxito de los juegos en Los Ángeles, Atlanta y Salt Lake City responde a dos factores concretos. En primer lugar, la financiación privada de los juegos para soportar el coste de la organización de estos mega eventos con el mínimo impacto al gasto público. Y, en segundo lugar, la consideración de estos espectáculos deportivos como un empeño colectivo en el que los atletas encarnan la diversidad, pluralidad y valores estadounidenses y, en consecuencia, son tratados como héroes nacionales que enarbolan la bandera del compromiso, el sacrificio y la superación personal.

Los Juegos de verano de Los Ángeles de 1932 corrieron el riesgo de ser suspendidos por la crisis económica de la Gran Depresión y fueron percibidos por muchos en aquel momento como una «extravagancia hollywoodiense». Con su celebración, Estados Unidos se mostró ante al mundo como una país capaz de sobreponerse a las dificultades y organizar un enorme espectáculo, anticipando su papel como potencia de referencia internacional. Así, al tiempo que se convertía en la nación con mayor número de medallas ganadas (103), Estados Unidos había ayudado a las naciones participantes –que también estaban sufriendo los rigores de la Depresión– con la financiación de parte de sus gastos de viaje y alojamiento. Además, con la construcción de la Villa Olímpica, Los Ángeles se convirtió en un modelo para futuros juegos. Desde entonces,

los atletas vivirían en una especie de campamento olímpico durante los 16 días que duraría el evento.

En 1984, Los Ángeles volvió a ser sede de los juegos. En esta ocasión, no fue la Gran Depresión sino la Guerra Fría el contexto que marcó su celebración. Y, de hecho, lo que podría haber sido un fracaso a causa del boicot de la Unión Soviética –resultado del bloqueo de Estados Unidos a los Juegos de Moscú de 1980 como respuesta a la invasión de la URSS en Afganistán– se convirtió en un triunfo económico y político para el país. La clave del éxito fue la reutilización de las estructuras anteriormente construidas para los Juegos de 1932 y el patrocinio y comercialización de los juegos por grandes corporaciones privadas. Tal fue el éxito de la inversión privada que estos juegos pasaron a la historia como los primeros financiados en su casi totalidad por el sector privado y los primeros que dejarían un superávit (de unos 232,5 millones de dólares). Desde la perspectiva de Estados Unidos, el éxito de los juegos fue aún más rentable políticamente dentro de la narrativa de la Guerra Fría. Además, Estados Unidos fue una vez más el país que ganó un mayor número de medallas (174).

Ahora bien, si los Juegos de 1984 son recordados por su éxito en atraer inversión privada, los de Atlanta de 1996 fueron vistos como un ejemplo de sobreexplotación de la estrategia de patrocinio corporativo. Los beneficios privados se maximizaron, pero la percepción social final fue negativa ya que se esperaba una mayor inversión en el desarrollo estructural y en la promoción de Atlanta como símbolo de la tolerancia racial en Estados Unidos. La marginación de algunos sectores de la ciudad y la sobreexplotación comercial planteó al Comité Olímpico Internacional (COI) la necesidad de regular la participación de las empresas en los juegos.

Pero fueron los Juegos de invierno en Salt Lake City en 2002 los que más seriamente pusieron en riesgo la exitosa trayectoria olímpica del país y la propia imagen del olimpismo. El destape de los sobornos realizados por miembros del Comité Organizador de Salt Lake City a miembros del COI, para conseguir el éxito de su candidatura, puso en cuestión la rectitud moral que pretendía promover Estados Unidos. Las revelaciones sobre pagos millonarios, regalos y estudios pagados a amigos y familiares de algunos miembros COI, pusieron al descubierto unas prácticas de corrupción profundamente enraizadas en los procesos de licitación y concesión y, por ende, erosionó seriamente el virtuosismo sobre el cual pretende fundamentarse el movimiento olímpico.

Desde el punto de vista económico, los de Salt Lake City fueron, de nuevo, un caso de éxito por los beneficios obtenidos por la comercialización privada de los juegos (2.000 millones de dólares). Igualmente relevante fue el simbolismo de estos juegos al celebrarse pocos meses después de los ataques terroristas del 11 de septiembre. El uso de la bandera de la zona cero en la ceremonia inaugural y las medallas obtenidas, entre otros, por atletas mexicanos, cubanos y afroamericanos fueron presentados como una muestra de la capacidad de recuperación y vigencia del modelo plural y abierto de *melting pot* en un momento marcado por la «Guerra contra el Terror» lanzada por la Administración Bush. De esta manera, los componentes simbólicos y emocionales consiguieron eclipsar, al menos durante su celebración, el escándalo de corrupción y sobornos destapados.

Estos cuatro ejemplos ilustran cómo Estados Unidos ha sabido forjar con los juegos olímpicos una relación muy provechosa pero no exenta de riesgos. El sector privado ha tenido un papel clave para asegurar el éxito de los juegos celebrados en este país, maximizando los beneficios, disminuyendo la carga de las arcas públicas (un asunto siempre controvertido) y ayudando, además, a la promoción de los intereses nacionales. Sin embargo, los casos de Atlanta o Salt Lake City ponen de manifiesto los riesgos de sobredimensionar el papel de las grandes corporaciones y el equilibrio que deben conseguir las ciudades entre la necesidad de no sucumbir económicamente y alcanzar los objetivos sociales locales, sin perder de vista el valor simbólico para la nación y su proyección internacional.



Oriol Farrés

Gestor de Proyectos, CIDOB

En 2001 –y tras dos candidaturas fallidas (1993 y 2000)– finalmente el Comité Olímpico Internacional (COI) decidió otorgar a Beijing la organización de los juegos de verano de 2008. El fallo respondió a diversos motivos. En primer lugar, un cambio en el ambiente internacional permitió pasar del criticismo a China (en materia de derechos humanos) a una visión favorable a su inserción (*engagement*), lo que también llevó a su entrada en la Organización Mundial del Comercio (OMC) a finales de 2001. Además del férreo compromiso gubernamental y del entusiasmo popular (muy superior al de sus rivales), Beijing contaba con un deslumbrante crecimiento económico al frente de los países emergentes. Así, desde esta perspectiva más estratégica, los juegos olímpicos podían –como ocurrió con Tokio (1964) y Seúl (1999)– *oficializar* la incorporación de una potencia económica asiática en el entramado internacional.

También existieron motivos internos al COI, como el favor de su entonces presidente Juan Antonio Samaranch y la consciencia de que China ganaba peso rápidamente en el medallero (de 32 medallas en su debut-regreso en Los Ángeles en 1984 pasó a 100 en 2008) y podía ser un mercado y un motor para el movimiento olímpico. Como siempre, y de modo paradójico, los juegos olímpicos reforzaron al mismo tiempo «lo internacional y lo nacional»: difundiendo en China los valores del olimpismo y la apertura hacia el exterior, pero al mismo tiempo, como celebración suprema del *Estado-nación*, en la que China podía ganar orgullo y la admiración internacional y paliar el trauma de su pasado de *humillación* frente a las potencias extranjeras. En palabras del primer ministro Wen Jiabao (2008), los Juegos eran una oportunidad para demostrar que China era «democrática, abierta, civilizada, amigable y armoniosa».

Tanto la inauguración como la clausura repasaron los fundamentos de la civilización china, pero pasaron de puntillas por su historia más reciente, liderada por el Partido Comunista. En su «momento de oro», China optó por seducir a una audiencia global de 4.700 millones de personas –la mayor de la historia de los juegos–, con un discurso narrativo y estético más pensado para el exterior que para el público

doméstico, que no profesa la devoción internacional por el director de la ceremonia, el cineasta Zhang Yimou.

Prioridades. Los preparativos tuvieron lugar en una década virtuosa para la economía China, con un crecimiento anual cercano al 10% y una recaudación vía impuestos en aumento que permitió una inversión potente sin endeudamiento posterior. Más allá de las espectaculares instalaciones deportivas, una parte significativa de los 40.000 millones de dólares de gasto total (14.000 en inversiones) se destinaron a infraestructuras: lo más destacado fue la nueva terminal internacional para el aeropuerto y la ampliación de la red de metro, crucial para paliar los atascos y la contaminación crónicos; también nuevas líneas de tren ligero y dos cinturones periféricos exteriores. Además, se invirtieron cerca de 3.600 millones de dólares en infraestructuras de tecnologías de la información y la comunicación. Otra prioridad fue reducir la contaminación ambiental, con un éxito moderado y temporal: se cerraron factorías contaminantes de la capital y las regiones colindantes. También se abrieron zonas verdes y se restringió el tráfico de vehículos a motor para las reducir emisiones.

Riesgos y fracasos. Desde el inicio, la preocupación de las autoridades fue evitar protestas violentas o masivas ante la audiencia global. Pero a pocos meses del inicio de los juegos (marzo), se registraron los disturbios más graves de la comunidad tibetana en dos décadas, que llevaron al despliegue de tropas y a centenares de detenciones, hasta que el Dalai Lama pidió el cese de la violencia. Las protestas pro tibetanas también acompañaron a la llama olímpica en lugares como París, San Francisco o Londres, donde sufrió diversos ataques que enfurecieron a la opinión pública china. El mismo mes, la tensa relación con Taiwán quedó suavizada con la llegada del Kuomintang al poder en Taipei, lo que liberó presión y permitió resolver discordias en base a la creatividad y al acuerdo de 1989 que establece la participación olímpica de ambas delegaciones. Otro tema candente en vísperas a la cita fue el controvertido apoyo de China a Sudán en el contexto del genocidio de Darfur, que llevó a Steven Spielberg a dimitir como asesor artístico de los juegos.

Además de la agenda política, los elementos naturales complicaron la realización de los juegos. En enero, tuvo lugar la nevada más intensa en décadas que afectó a 100 millones de personas. Pero la catástrofe más grave fue sin duda un terremoto en Sichuán, que, en mayo, causó 87.150 muertes, dejó a 4,8 millones personas sin hogar y generó pérdidas por valor de 200.000 millones de dólares. La catástrofe puso en una situación delicada al Gobierno chino, cuestionado por la calidad de las edificaciones que colapsaron (como escuelas donde, según cifras oficiales, murieron 5.000 alumnos). Si bien el tema hoy sigue siendo espinoso en China, lo cierto es que entonces despertó una ola de solidaridad internacional que, por motivos tristes, apaciguó la celebración de los juegos.

Los temidos boicots, por su parte, no se dieron a nivel nacional y 204 Comités Nacionales Olímpicos así como más de un centenar de representantes estatales (80 jefes de Estado) asistieron a la ceremonia de apertura, más que en ninguna edición anterior. Fue además la primera ocasión en que un presidente de Estados Unidos asistió a una ceremonia fuera de suelo norteamericano, abriendo una época relativamente amable en las relaciones bilaterales.

Beneficios. El gran dinamismo de la economía china previo a los juegos olímpicos y el estallido de la crisis financiera internacional justo después, hacen difícil aislar su rédito neto. Está claro que mejoró la conectividad de Beijing con el mundo, un aspecto en el que, a pesar de ser la capital, va por detrás de las metrópolis costeras como Shanghái o Hong Kong. Mejoró la movilidad urbana y la concienciación ambiental, que ha sobrevivido a los juegos y ahora apremia a las autoridades a prevenir los daños sobre la salud. También provocaron una subida generalizada de precios, que ha diversificado más los flujos de inmigración rural hacia otras ciudades secundarias. Donde no se registró el impacto esperado fue en el turismo, que no ha desarrollado su potencial debido al impacto inmediato de la crisis financiera global.

En definitiva, los juegos fueron un éxito de planificación y ejecución, pero no el punto de inflexión con respecto a la apertura política que algunos pronosticaban. Tampoco hicieron avanzar en la reconciliación de los conflictos étnicos, dado que las minorías étnicas estuvieron presentes en las ceremonias con una visión folklorista y, en muchos casos, interpretados por actores caracterizados. Más bien se enmarcaron en una estrategia de desarrollo y de diplomacia pública a largo plazo, que se proyectó hacia adelante con la Expo de Shanghái en 2010 y que ve cómo los juegos olímpicos de invierno regresarán a Beijing en 2020, convirtiéndola en la primera ciudad de la historia en acoger ambas citas. Si bien parece difícil que China obtenga un buen resultado en el medallero de invierno, los juegos servirán para seguir tejiendo la red de comunicaciones hacia las afueras de la capital, que aspira a ser otra metrópolis, moderna y global.



Nicolás de Pedro
Investigador principal, CIDOB

Rusia es una potencia olímpica. Y, como sucede con el resto de grandes actores internacionales, política y deporte suelen ir de la mano. Especialmente, cuando se trata de acontecimientos deportivos masivos con repercusión mundial. De hecho, lejos de ser una excepción, Rusia es, desde hace décadas, un perfecto exponente de esta dinámica. Desde su primera participación en unas Olimpiadas en 1952, el deporte fue para la URSS uno de los ámbitos propicios donde mostrar la pretendida superioridad soviética sobre el mundo capitalista. En la actualidad, la Rusia de Putin, sin esta dimensión ideológica, también apuesta por los grandes eventos deportivos como vía de legitimación política ante su audiencia doméstica y el mundo. Así, los Juegos Olímpicos de invierno de 2014 en Sochi se concibieron como la presentación oficial ante el mundo de la *nueva Rusia, grande y abierta*, que dejaba atrás los traumas de los años noventa y retornaba al primer lugar de la escena internacional.

Sochi era, y es, una apuesta personal del presidente Putin, empeñado en reconvertir la antigua Riviera soviética en un «**nuevo resort de clase mundial para la nueva Rusia y el mundo entero**». Así lo explicitó él mismo ante el Comité Olímpico Internacional (COI) reunido en Guatemala en julio de 2007. Además de las olimpiadas de invierno, Sochi acoge, también desde 2014, el gran premio de Rusia de Fórmula 1 y, por supuesto, la residencia de verano del propio presidente ruso donde suele recibir a dirigentes de otros países o acoger cumbres como la Rusia-ASEAN celebrada en mayo de 2016. Sin embargo, más allá de la agenda oficial del Kremlin, Sochi está aún muy lejos de ser un punto de referencia global. Y ni siquiera parece que lo sea para el turismo local.

El Kremlin vivió los juegos de Sochi (febrero de 2014) con gran triunfalismo y al propio presidente Putin se le vio, en varias ocasiones, **celebrando entusiasmado** los triunfos de los atletas rusos. Rusia, de hecho, acabó primera en el medallero de Sochi. Las encuestas elaboradas en su momento por el centro independiente Levada sugieren, por el contrario, que la ciudadanía rusa no compartía este nivel de entusiasmo. Fundamentalmente, por los elevados costes y las sospechas de corrupción masiva. El coste inicial previsto de Sochi, 12.000 millones de dólares, se disparó hasta

los 55.000 millones. Los de Sochi son así, hasta la fecha, los juegos más caros de la historia, incluyendo todos los de verano que requieren, normalmente, una inversión mayor. La cuestión de los sobrecostes se agrava aún más si se tiene en cuenta que se imputa de forma destacada a la malversación y que, además, prácticamente toda la financiación provenía de fuentes públicas aunque parcialmente camuflada a través de grandes corporaciones de titularidad estatal como Gazprom. De esta manera, Sochi se convirtió en un reflejo de la corrupción profundamente arraigada en las entrañas de la Rusia putinista.

Asimismo, más que el país *abierto* que se anunciaba en 2007, Sochi reflejó la Rusia de la represión de toda disidencia política. Así, aunque se trató de un incidente aislado, resulta obligado referirse a la agresión que sufrió la banda punk Pussy Riot a manos de un grupo de cosacos, desplegados como fuerza paramilitar de apoyo. Las componentes del grupo fueron *gaseadas, golpeadas y azotadas* mientras estaban en el suelo, por algún cosaco utilizando su tradicional *nagaika* (látigo).

«*Sochi hoy. Mañana el mundo*», rezaba la campaña lanzada por el banco público Sberbank, imbuido de esa búsqueda de grandeza a la aspira el Kremlin. El mensaje, sin pretenderlo, se convirtió en irónicamente premonitorio. Al apagarse la llama olímpica en Sochi se iniciaba la operación militar que conduciría a la anexión de Crimea por parte de Rusia y el inicio de la guerra en el este de Ucrania. Y como resultado de todo ello, el progresivo distanciamiento con Occidente y la escalada de sanciones y contrasanciones actual.

Y este ambiente enrarecido y de confrontación es el contexto en el que se produce el escándalo sobre el doping ruso que ha puesto en cuestión la propia participación de Rusia en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro. El asunto estalló en el mes de noviembre de 2015 cuando se hizo público un informe de la Agencia Mundial Antidopaje (AMA) en el que se denunciaba la «*existencia de un sofisticado y bien establecido sistema de dopaje promovido por el Estado ruso*». Al informe le han seguido *revelaciones periodísticas* con detalles sobre cómo funcionaba este sistema de dopaje generalizado y en el que, supuestamente, el propio FSB (organismo sucesor del KGB) habría gestionado un laboratorio paralelo (y secreto) en Sochi para falsificar las pruebas de los atletas rusos. La súbita e inesperada muerte el pasado mes de febrero de los dos ex directores de la Agencia Antidopaje, uno de ellos al poco de contactar con un diario británico, no ha hecho sino agudizar las sospechas.

Ante la gravedad de las revelaciones del informe de la AMA, la federación internacional de atletismo (IAAF, por sus siglas en inglés) ha vetado la participación de Rusia en Río de Janeiro. Como primera reacción, el ministro de deportes ruso, Vitaly Mutko, apuntó a la teoría conspirativa, según la cual el veto tenía motivaciones políticas y era parte de la «*guerra informativa de Occidente*» contra Rusia. Es decir, un elemento más para alimentar la narrativa y paranoia putinista sobre el asedio de un *Occidente pérfido* que busca su derrocamiento y la usurpación del poder en Rusia.

Paralelamente, las autoridades rusas trataron de reconducir la situación y anunciaron su disposición a colaborar con la IAAF. Sin embargo, el 17 de junio de este año este mismo organismo comunicaba su decisión

de mantener el veto ante el incumplimiento de las 44 condiciones de readmisión impuestas en noviembre. Finalmente, buscando la conciliación, el COI, máximo organismo olímpico, ha informado que permitirá la participación de atletas rusos bajo bandera rusa y no olímpica como se había especulado siempre que demuestren su limpieza y se sometan a los controles que impongan cada una de las federaciones deportivas. En el momento de escribir estas líneas, sólo 2 de los 136 atletas rusos que han solicitado este procedimiento han sido admitidos. Por su parte, la Federación Rusa de atletismo ha recurrido el veto al TAS (Tribunal Arbitral del Deporte) cuya resolución se espera para el 21 de julio.

Rusia ha vuelto al centro de la escena internacional. Pero no por las razones ni, probablemente, de la manera esperada por el Kremlin. Si algo han reflejado Sochi y el escándalo del dopaje no es esa Rusia *nueva, grande y abierta* que se anunciaba en 2007, sino los aspectos más oscuros del putinismo: la corrupción, el engaño y el papel central de los servicios de espionaje. Los Juegos de Río se han convertido, pues, en un test a la credibilidad internacional y limpieza de la Rusia de Putin. Queda por ver, si consigue medalla en ese test.

RÍO DE JANEIRO: DE LAS MIELES DEL OLIMPO A LA DESILUSIÓN



Anna Ayuso

Investigadora sénior, CIDOB

La celebración de las Olimpiadas de 2016 en Rio de Janeiro no puede desvincularse de la coyuntura nacional e internacional de Brasil en el año 2006 cuando se presentó y 2009 cuando se consiguió la nominación. Brasil vivía una década de crecimiento económico y prosperidad con mejoras sociales internas. Ese auge se proyectó incrementando su rol en la arena internacional con una política exterior reivindicativa de potencia emergente. Brasil reclamó protagonismo en organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial de Comercio, el Consejo de Seguridad o el G20. Con sus socios BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) defendía la revisión de un sistema internacional que privilegia a las potencias tradicionales. Al tiempo ampliaba alianzas con el llamado Sur global y lideraba la cooperación regional en Sudamérica. Como otras potencias emergentes, la celebración de megaeventos deportivos le permitía potenciar su prestigio internacional mientras generaba empleo y contentaba a la población.

Tras la concesión a Brasil del Mundial de Fútbol de 2014, la nominación de Río como sede olímpica provocó el entusiasmo del entonces presidente Lula da Silva y de los ciudadanos. Río había postulado seis veces sin éxito (la primera para los juegos de 1936 y la última en 2012). Parecía confirmarse lo que anunció *The Economist* y reiteró el presidente Lula tras el descubrimiento del megacampo de petróleo del Presal: ¡Dios era brasileño! Sin embargo, errores de cálculo y circunstancias sobrevenidas han hecho que, ante su inauguración, las Olimpiadas no generen entusiasmo en Brasil, sino críticas.

Promesas incumplidas. En la candidatura olímpica pesó más la geopolítica que los cálculos económicos. Aun así, se esperaba que los juegos favorecieran inversiones e impulsaran la Marca Brasil. Para Río de Janeiro era la oportunidad de realizar reformas urbanísticas, recuperando barrios degradados, ampliando espacios habitables e introduciendo medidas ambientales. Pero, a pesar del enorme esfuerzo económico realizado, los resultados no han sido los esperados.

La enorme operación urbanística para rehabilitar la zona centro no consiguió atraer suficientes inversores y dejó atrapados en operaciones

especulativas a pequeños ahorradores y pensionistas. La Villa Olímpica de la Barra de Tijuca se convirtió en la mayor inversión inmobiliaria, desplazando a población humilde para instalar un barrio exclusivo. Muchos de los desalojados de las favelas más céntricas no consiguieron vivienda social alternativa. Los precios de la vivienda se dispararon. Los medios de transporte siguen colapsados y caros. La nueva línea de metro no se terminó y pretenden restringir su uso a los espectadores durante las Olimpiadas. La espectacular ciclovía sobre el acantilado de la costa quebró arrojando al vacío dos víctimas mortales.

Las sedes olímpicas están mayoritariamente en la rica zona sur de Río. Tal como ocurrió con los estadios sembrados por el país durante los mundiales, las infraestructuras olímpicas no cuadran con las necesidades futuras de la población. La descontaminación de la Laguna tuvo que dejarse a medias por falta de tiempo y costes excesivos. Como consecuencia, la población siente que estos juegos traen más inconvenientes que beneficios.

Problemas no evitados. Los problemas asociados a la construcción de las instalaciones e infraestructuras constatadas en anteriores Olimpiadas se repitieron en Río. No faltaron costes excesivos por retrasos y poca previsión así como adjudicaciones dudosas. El presupuesto tuvo que ser revisado; en 2009, se calculaba en unos 28.800 millones R\$ pero, en enero de 2016, ya alcanzaba alrededor de 39.100 millones de R\$ (9.775 millones de euros). Aunque es mucho menor coste que Londres o Beijing, muchos de los sobrepagos se achacan a la corrupción y los sobornos vinculados a las grandes constructoras –como Odebrecht– y a Petrobras, cuyos dirigentes están siendo investigados y que ha implicado a centenares de políticos. El Estado de Río, que confió excesivamente en los yacimientos del Presal ha caído en bancarrota debido al desplome de los precios del petróleo y el desinterés de los inversionistas. Aunque el Gobierno federal ha asumido los costes necesarios para terminar las obras, debido al endeudamiento, el Gobierno del Estado carioca se ha visto obligado a reducir servicios públicos y a retrasar pagos.

La endémica inseguridad de la ciudad de Río fue combatida y reducida, pero no eliminada. Las favelas liberadas por el Ejército y la policía desplazaron a la periferia a las bandas criminales, pero sin erradicarlas. Aunque el terrorismo internacional no haya golpeado Brasil –tras los atentados de París, Bruselas y Turquía–, un evento internacional como las Olimpiadas hace saltar las alarmas. La seguridad incrementará los costes y supondrá medidas que afectarán a la vida cotidiana de la población. Las protestas que acompañaron los mundiales de fútbol pueden reproducirse en un contexto de descontento y polarización social.

Circunstancias sobrevenidas. Frente a los problemas previsibles, no era concebible que antes de las Olimpiadas Brasil se sumiera en una triple crisis nacional. El país entró en una crisis económica con dos años consecutivos de recesión (-3,8% del PIB en 2015). El creciente déficit fiscal (más del 10%) debe financiarse con endeudamiento a un alto interés por la caída en la calificación de las agencias de *rating*. La débil actividad económica aumentó el desempleo y una inflación anual del 10% golpea a las clases medias y menos favorecidas.

El mal desempeño económico trajo el descontento, y la población salió a manifestarse masivamente contra el Gobierno espoleando una crisis política sin precedentes desde la recuperación de la democracia. El 12 de mayo de 2016 –a semanas de los juegos olímpicos– el Senado abrió un juicio de impedimento contra la presidenta Dilma Rousseff. Esta ha quedado apartada de sus funciones hasta que se decida su posible destitución, tras un proceso que resolverá el Senado en menos de tres meses y puede coincidir con los juegos. Mientras tanto, el vicepresidente Michel Temer ocupa la presidencia con un Gobierno tan impopular o más que el anterior. El Comité Olímpico desconoce aún qué mandatario inaugurará los juegos. Situación inédita que no beneficia a la imagen del país.

Como colofón, meses antes del inicio de las competencias estalló una crisis sanitaria a causa de la transmisión del virus del zika por picadas de mosquitos. Las consecuencias para la salud no están claras, pero la alerta saltó entre deportistas y turistas. Aunque los efectos sobre la participación de ambos serán limitados, el episodio reveló debilidades del sistema sanitario y las condiciones de vida de la población humilde.

¿Oportunidad perdida o apuesta fallida? Lo que quiso ser un escape del Brasil emergente, mostrando músculo para sus aspiraciones de potencia global, llegó en mal momento. Los juegos se celebrarán probablemente de forma satisfactoria, como los mundiales de fútbol, pero el efecto para la imagen del país quedará muy devaluado. Por ello es una oportunidad perdida. Además, las Olimpiadas no parecen contribuir a revitalizar la economía, ni a mejorar la calidad de vida, ni a dotar de infraestructuras que faciliten la cotidianeidad. Así que no parece una apuesta afortunada a dos años de unos costosos mundiales de fútbol. Ni se cumplieron las promesas, ni se calcularon de forma realista los costes, ni se contribuye a la inclusión social. Con todo, Río –la *Cidade Maravilhosa*– seguirá, y eso permanece.

LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE BARCELONA'92: LA OPORTUNIDAD PERFECTA PARA LA TRANSFORMACIÓN URBANA



Josep M. Coll

Investigador sénior asociado, CIDOB

Trece oros, siete platas y dos bronce llevaron a España al sexto puesto en el medallero de Barcelona'92; de lejos la mejor actuación de su historia en unos juegos olímpicos. Fueron los juegos del mítico *Dream Team* –el mejor equipo de baloncesto jamás reunido–, del gran velocista y saltador Carl Lewis, del virtuoso gimnasta Vitaly Scherbo y del nadador gigante Alexandr Popov. Estos dos últimos compitieron bajo la bandera olímpica de la Comunidad de Estados Independientes, que representaba a los ex estados de la antigua Unión Soviética.

«Los mejores juegos olímpicos de la historia», así fueron calificados por el presidente del Comité Olímpico Internacional. Sin duda, fueron un éxito deportivo y organizacional; pero no sólo esto. Con el paso del tiempo, los resultados deportivos pasaron a un segundo plano, quedando como una anécdota al lado de un plan estratégico que tenía un objetivo muy claro para organizar este megaevento: la transformación urbana de la ciudad.

Barcelona fue escogida la sede de los xxv Juegos Olímpicos en 1986, el mismo año en que España –en pleno proceso de desarrollo democrático– se había integrado en la Unión Europea. Los juegos representaban, por un lado, una excelente oportunidad de apertura internacional y, por el otro, de transformación urbana de una ciudad eminentemente gris e industrial, a pesar de estar ubicada en el cálido y luminoso Mediterráneo.

El plan urbanístico se estructuró a partir de la realización de doce proyectos esparcidos por toda la ciudad: cuatro de ellos estaban directamente relacionados con las infraestructuras olímpicas y representaron una clara mejora de cuatro barrios de la ciudad. El resto de proyectos estaban vinculados a la mejora del transporte, la apertura al mar y el acceso a la vivienda y los servicios –como el cinturón de las Rondas, el complejo comercial Illa Diagonal, el MACBA, la plaza de las Glòries y El Port Vell y el Maremàgnum.

La implementación de este ambicioso plan se llevó a cabo gracias a dos factores clave: el auge de los ingresos de la organización –el Comité Organizador Olímpico Barcelona'92 (COOB'92)– (1.678 millones de dólares)

y la atracción de inversiones olímpicas (8.000 millones de dólares). Estas inversiones se realizaron en infraestructuras de viabilidad y transporte, viviendas, telecomunicaciones y servicios, equipamiento hotelero y deportivo e infraestructuras ambientales. El 61% de esta inversión se produjo en obra civil, lo que indica un elemento esencial para entender la capacidad de regenerar la ciudad, y sólo el 9,1% del total de inversión fue destinado a financiar las instalaciones deportivas.

La gran capacidad de atracción de inversiones fue un éxito del modelo de gestión público-privada que se materializó con la empresa mixta HOLSA, un consorcio creado por el Ayuntamiento de Barcelona y el Gobierno español. Las obras olímpicas también despertaron el interés de los inversores privados, quienes aportaron un 36,8% de la inversión (un tercio de ellos proveniente de capital extranjero). La iniciativa privada se orientó hacia la inversión hotelera, en viviendas y centros de negocios. La organización apoyó su estrategia comercial en generar grandes expectativas por un mayor atractivo de la ciudad.

La excelencia organizativa y la gran capacidad inversora llevada a cabo durante seis años (1986-1992) propiciaron un impacto económico y social remarcable en la ciudad y su área metropolitana. Los primeros efectos fueron el descenso del paro y la reanimación del mercado de la vivienda por el auge de la construcción. La tasa general de desempleo en Barcelona pasó del 18,4% en 1986 al 9,4% en 1992 (mientras que en España la reducción fue menos significativa, pasando del 20,9% al 15,5% respectivamente).

El auge del turismo después de los juegos olímpicos fue espectacular. El aeropuerto de Barcelona pasó de acoger a 2,9 millones de pasajeros en 1991 a recibir 21 millones en 2002. Los juegos fueron un punto de inflexión para revalorizar y posicionar la marca Barcelona en el panorama mundial. Pasó de ser una ciudad industrial a percibirse como una ciudad internacional y vanguardista, *business-friendly*, orientada a los servicios, a la atracción del talento y a la calidad de vida mediterránea.

La construcción y el turismo capitalizaron la primera oleada de impactos. Con los años, Barcelona ha consolidado el profundo proceso de renovación urbana capilarizando los beneficios de sus respectivas inversiones en la sociedad y el tejido emprendedor. De hecho, el impacto económico postolímpico de la ciudad condal se estimó en 20.000 millones de dólares, el mayor resultado de la historia hasta Beijing 2008. Pero el legado de Barcelona'92 no termina en la economía, si no en su rédito social. La mejora del urbanismo, la vivienda, el transporte y la movilidad, las instituciones culturales, las instalaciones deportivas, el saneamiento y la fachada marítima han sido las principales credenciales del capital público invertido. Y el aumento de la capacidad y calidad hotelera, locales y oficinas, vivienda, el puerto deportivo y los parques empresariales han sido los principales beneficios de la inversión auspiciada por la iniciativa privada. La renta olímpica repercutió en un mejor posicionamiento estratégico de Barcelona en el mundo, un aumento de la competitividad, mayor atractivo, aumento de la renta, atracción de talento y mayor cohesión y bienestar social.

Sin embargo, no todas las inversiones tuvieron la misma fortuna e impacto. Algunas instalaciones deportivas –como el estadio olímpico

de Montjuïc y el velódromo de Horta– han sido infrautilizadas; el fuerte estímulo al sector de la construcción e inmobiliario abrió la veda a la especulación urbanística; y las expectativas de construcción de vivienda social no se cumplieron en absoluto. Por ello, no todo fueron luces en el proceso.

El Gobierno supo dar continuidad al impulso de los juegos con proyectos desarrollados a posteriori como el Fórum de las Culturas y el Plan 22@, que sirvieron para regenerar los barrios de la Diagonal Mar y el Poblenou, a la vez que dinamizaron la actividad emprendedora y el clima para hacer negocios. El paso del tiempo –gran aliado– ha convertido Barcelona en un modelo de referencia internacional en la organización, inversión e impacto de unos juegos olímpicos para una ciudad a largo plazo.

Los juegos fueron el impulso que la ciudad necesitaba para entrar en la élite mundial, al lado de ciudades como Nueva York, París o Londres. Esta última se inspiró en el modelo Barcelona de transformación urbana para organizar sus juegos de 2012. El propio Sebastian Coe, director del Comité Organizador de Londres 2012, afirmó que «el deporte cambió la imagen de Barcelona, a través de la creación de más espacios verdes, la apertura de la ciudad al mar, la construcción de viviendas a precios razonables, y la transformación de la economía de la ciudad».

Barcelona supo, con gran maestría y un liderazgo inclusivo, catapultar el entusiasmo generalizado de la sociedad civil para crear estructuras de consenso públicas y privadas entre el Gobierno local, regional y estatal que hicieron valer el gran lema de sus juegos olímpicos: «amigos para siempre». El tocho y el sol pusieron el resto. Fue bonito mientras duró.



Francis Ghilès

Investigador sénior asociado, CIDOB

A los políticos les gusta presumir de la bonanza económica que vendrá si su país es elegido como sede de unos juegos olímpicos; y a ello normalmente añaden que, si los atletas locales ganan muchas medallas, eso motivará a muchos jóvenes a hacer deporte. En el período previo a la xxx Olimpiada, John Armit, presidente de la Olympic Delivery Authority (ODA) del Reino Unido –organismo encargado de la construcción de las instalaciones deportivas– sostuvo: «Antes de la candidatura, nuestra capital no tenía ningún velódromo cubierto, ni un estadio de atletismo moderno de primer orden, ni la clase de nuevos espacios que tiene ahora». Pero como comentó en el *Financial Times* el agudo observador de acontecimientos deportivos internacionales, Simon Kuper: «Londres no tenía esos espacios porque no los necesitaba. El estadio central de Londres todavía no tiene inquilino para el período post-juegos». En otras palabras, los políticos se engañan a sí mismos y engañan a los ciudadanos.

Sin embargo, los Juegos Olímpicos de Londres fueron mayoritariamente considerados un gran éxito. Puede que se desviaran 9.600 millones de dólares de fondos públicos en 16 días de deporte, parte de los cuales tuvieron cierto impacto económico –especialmente, en la mejora del transporte y de las instalaciones deportivas en el este de Londres. Pero el otrora pobre East End ha sufrido un vasto proyecto de reconstrucción y gentrificación que ya había empezado una generación atrás, cuando se dio el visto bueno al proyecto Canary Wharf en el este de la ciudad. Asimismo, se podría argumentar que los juegos olímpicos siguieron un guion bien diseñado. El parque olímpico –de unas 198 hectáreas y construido en un antiguo emplazamiento industrial de Stratford– se desarrolló poniendo el énfasis en la sostenibilidad.

Londres fue seleccionada como ciudad anfitriona en 2005, tras derrotar a las candidaturas de Moscú, Nueva York, París y Madrid; y se convirtió así en la primera y única ciudad sede de los juegos olímpicos modernos por tercera vez –ya que lo había sido previamente en 1908 y en 1948. La reacción, sobre todo en París, fue amarga, lo que indicó cuán aguda se ha vuelto la competencia entre los dos hermanos enemigos en las últimas décadas. Como predijeron los economistas, los juegos olímpicos no

provocaron un boom turístico, pues muchos visitantes se mantuvieron alejados de Londres por temor al bullicio y a las aglomeraciones. Spencer Dale, economista principal del Banco de Inglaterra, declaró a la agencia France Presse: «No creo que tenga un impacto sustancial en nuestras predicciones».

Así, los beneficios de los juegos olímpicos son de otra índole. En la mayoría de los países estudiados por los economistas, los juegos hacen a la gente más feliz; estimulan la autoestima. Eso también ocurre después de que los países alberguen una gran competición de fútbol. En tiempos de escasez —como era el caso de Londres en 1948, justo después del final de la Segunda Guerra Mundial, y lo fue en 2012, cuando el Reino Unido y el resto de Occidente estaban saliendo de una penosa crisis financiera y económica— los juegos hacen que las personas se sientan más felices. Simon Kuper lo sintetiza de la siguiente manera: «Ser el anfitrión de una Copa del Mundo o de unos juegos olímpicos es como ser el anfitrión de una fiesta. Es divertido. La mayoría de la gente que viene lo pasa bien y se va sintiéndose más conectada con los demás. Pero no organizas una fiesta para ganar dinero. Sólo te cuesta dinero. Tienes que comprar la cerveza, después de todo». Visto así, aquellos 9.600 millones de dólares probablemente valieron la pena. En cierto modo, los juegos fueron como el 60 aniversario del acceso de la Reina Isabel II al trono, una ocasión para una gran fiesta.

Por supuesto, siempre existe el riesgo de que las cosas vayan mal, como tal vez está ocurriendo en Brasil. Parece que los brasileños están perdiendo felicidad antes de los juegos, al darse cuenta de que las transferencias de dinero van de los contribuyentes brasileños a la FIFA, a los clubes de fútbol brasileños y a las empresas constructoras pagadas por edificar las nuevas instalaciones olímpicas. Por su parte, Londres fue en conjunto un caso afortunado, pues la ceremonia de apertura que conmemoraba la historia del Reino Unido fue muy aclamada —una combinación de los Sex Pistols con la Reina Isabel II de Inglaterra volando en una misión con James Bond, unido al sentido del humor, supuestamente muy inglés. Sin embargo, no hay que olvidar que 24 horas después de la concesión de los juegos a Londres, la buena noticia para esta ciudad se vio ensombrecida por los atentados con bombas en su sistema de transporte.

El coste de financiación de los juegos fue independiente del coste de construcción de las instalaciones e infraestructuras y de rehabilitación del terreno para el Parque Olímpico. Estos dos últimos se cubrieron en gran medida con dinero público mientras el coste del primero fue financiado de forma privada. El presupuesto original para el gran evento se multiplicó casi por cuatro y llegó a 15.280 millones de dólares, un hecho nada atípico en este tipo de grandes proyectos. Sin embargo, la conciencia de que unos juegos olímpicos son un negocio muy costoso va en aumento. En las últimas décadas, sólo megaciudades han ganado el concurso para organizarlos. Las capitales más pequeñas —como Madrid— han salido perdiendo. La predicción que hicieron los gobiernos japonés y coreano —antes de la Copa del Mundo de 2002— según la cual el torneo impulsaría sus economías con 26.000 millones y 9.000 millones, respectivamente, hoy parecería una broma. De ahí que el enfoque de los Juegos Olímpicos de Tokio en 2020 haya sido en conjunto más modesto.

Más allá de dilucidar si los juegos olímpicos son costosos de organizar o si logran que los anfitriones se sientan más felices, por supuesto que sí ayudan a sacar brillo al nombre de la ciudad como marca. Sin duda, Londres hoy, con su cosmopolita mezcla de ciudadanos –sin parangón con ningún otro lugar de Europa–, es la ciudad más influyente del continente, compartiendo la misma liga que Nueva York, Shanghai y Bombay. Con un sector financiero que da empleo a 150.000 personas y alojando a 40.000 periodistas, Londres presume de precios de la vivienda en alza, pero también de que 32.000 personas asisten al teatro cada noche. A algunas de sus figuras destacadas les gusta pensar en el Londres moderno como el verdadero heredero de la antigua Grecia, con la ayuda de un idioma –el inglés– que es la lingua franca del mundo moderno. Al igual que su antecesor, se beneficia del Estado de derecho y, al igual que la Florencia renacentista, ha construido triunfos artísticos sobre su éxito económico. Puede que esta visión de Londres resulte algo arrogante, un poco condescendiente, pero es una visión compartida más allá de las orillas del Támesis. Conscientemente o no, el éxito de los juegos olímpicos de 2012 ha sido parte del mito y de la realidad de toda gran ciudad.

Traducción: Ester Jiménez



Pol Morillas

Investigador principal, CIDOB

Héctor Sánchez Margalef

Investigador, CIDOB

¿Son siempre los juegos olímpicos motor de crecimiento y desarrollo? ¿O pueden convertirse también en la antesala de crisis y cambios profundos? Los Juegos de Atenas de 2004 tenían que ser la guinda del pastel de la transformación de Grecia en un país moderno. El país se encontraba plenamente integrado en el proyecto europeo –más de dos décadas después de su adhesión en la UE– y a los pocos años de adoptar el euro como moneda. Sin embargo, los juegos se acabaron convirtiendo en un síntoma de lo que sucedería diez años más tarde, con Grecia sumida en una profunda crisis económica y la transformación de su sistema político.

Atenas ya había presentado su candidatura para organizar los juegos de 1996, que finalmente ganó Atlanta. Ese año se conmemoraban los 100 años de los primeros juegos olímpicos modernos, que se habían celebrado en Atenas en 1896. La ciudad partía como favorita gracias al elemento simbólico del centenario pero, en las dos últimas rondas de votaciones, el jurado se decantó por Atlanta tanto por la rotación continental como por el temor de que la capital griega no fuera capaz de cumplir con los plazos de construcción necesarios. Algunos indicios apuntaban ya a futuras complicaciones en el binomio Atenas y juegos olímpicos, aunque la decepción fue subsanada cuando Atenas fue escogida para albergar los juegos en la reunión del Comité Olímpico Internacional (COI) de Lausana en 1997.

Los Juegos de Sídney de 2000 dejaron el listón alto. El entonces presidente del COI, Juan Antonio Samaranch, los definió como los mejores de la historia en términos de organización. Los partidos centrales de la escena política griega se esforzaron en demostrar que la inversión pública estaría a la altura. El Gobierno del partido socialdemócrata PASOK, bajo el liderazgo de Costas Simitis, empezó los preparativos incurriendo en altos volúmenes de gasto público que, en más de una ocasión, se tradujeron en acusaciones de corrupción y de desvío de fondos provenientes de la UE.

Cuando el partido conservador Nueva Democracia se impuso en las elecciones de marzo de 2004 como consecuencia de estos escándalos, trató

de capitalizar el éxito de los futuros juegos olímpicos. Para esas fechas el déficit público era del 3,2% y la deuda pública –superior al 100% del PIB– había sido destinada a pagar las infraestructuras de los juegos. Tanto el PASOK como Nueva Democracia justificaron el gasto total de 16.000 millones de dólares, según diversos cálculos, que costaron los juegos con los beneficios que revertirían en forma de inversión, turismo, puestos de trabajo, la apertura de la ciudad y el país al resto del mundo y el desarrollo urbanístico y de infraestructuras.

A nivel de inversiones, los juegos tuvieron dos caras. Por un lado, la ciudad de Atenas se renovó y amplió su red de metro y construyó un nuevo aeropuerto; pero, por el otro, las instalaciones olímpicas suscitaron dudas razonables sobre su reaprovechamiento y costes de mantenimiento. Los puestos de trabajo generados se caracterizaron por ser de baja calidad, temporales y mal pagados, y en numerosas ocasiones se incurrió en gastos extraordinarios, como un sistema de seguridad que acabó costando 20 veces más de lo presupuestado. Algunos argumentaron que la economía griega –pequeña y dotada de un sistema productivo deficitario– no era capaz de absorber el agujero económico que originan unos juegos olímpicos. El actual estado de las instalaciones olímpicas y el elevado precio de mantenerlas demuestran la falta de estrategia y visión a largo plazo de las autoridades al mando del evento.

Si hubo una corriente política que se pronunció en contra de la organización de los juegos fue la extrema izquierda, que centró buena parte de sus críticas en la deuda que dejarían los juegos para las futuras generaciones. Tanto el KKE (Partido Comunista Griego) como Synaspismos (la coalición de izquierdas de la que surgiría la actual Syriza) advirtieron de la inviabilidad de acoger los juegos. En un momento de bonanza económica, las críticas no calaron entre la sociedad griega. En las elecciones de 2004, el KKE y Synaspismos no llegaron al 10% de los votos, mientras que PASOK y Nueva Democracia obtuvieron el 86%. Pero la crisis de la deuda soberana de Grecia en 2009 hizo revivir el fantasma de los juegos.

Las elecciones de mayo de 2012 vieron cómo Syriza se convertía en el principal partido de la oposición. Alexis Tsipras afirmaba entonces que las tasas de crecimiento de la última década –que llegaron a cuotas del 7% y el 8%– no se habían traducido en mayor bienestar para los ciudadanos griegos sino en desigualdad creciente. Acusaba a los gobiernos de PASOK y Nueva Democracia de destinar los beneficios del crecimiento a las oligarquías del país, que se beneficiaron en gran medida de los contratos de los juegos olímpicos. En 2014, diez años después de los juegos y en plena crisis económica y financiera, los griegos percibían que la celebración de los juegos fue una mala inversión, que contribuyó a aumentar la deuda y el déficit griego y dejó un legado impagable.

Syriza ganó las elecciones de enero de 2015 gracias a un mensaje de renovación de la política griega, la promesa de acabar con las políticas de austeridad y la lucha contra las desigualdades. Los juegos olímpicos de 2004 fueron otra evidencia más de las malas praxis políticas y económicas de los partidos políticos tradicionales. Para algunos de sus dirigentes, si la deuda pública griega alcanzó el 120% del PIB en 2009 –lo que desencadenó la crisis griega– fue en parte como consecuencia de las inservibles infraestructuras levantadas para los juegos y una

cultura de «enriquecimiento artificial» del país. Contrariamente a otras experiencias de juegos olímpicos como adalid de desarrollo, la gestión de los de Atenas fue aprovechada por Syriza para evidenciar la existencia de unas élites extractivas y la necesidad de renovar la escena política y económica griega.



Eduard Soler i Lecha

Investigador sénior, CIDOB

La de Estambul ha sido una candidatura perseverante. Hasta en cinco ocasiones se ha postulado para organizar los juegos de verano y ha llegado a ser finalista en el proceso de selección para las olimpiadas de 2000, 2008 y 2020. Este empeño forma parte de una estrategia de consolidación de Estambul como ciudad global y de posicionamiento de Turquía como una potencia ascendente. A todo ello conviene añadir un factor de alto contenido simbólico: hasta ahora, los juegos olímpicos nunca se han celebrado en un país de mayoría musulmana.

Todos y cada uno de estos argumentos se han puesto sobre la mesa cada vez que Estambul ha presentado su candidatura. No obstante, ni la majestuosidad de la antigua capital imperial, ni el hecho que sea una ciudad a caballo de dos continentes, ni el crecimiento económico que Turquía ha experimentado durante la última década, han sido elementos suficientes para convencer al jurado de que Estambul era la mejor opción.

Estambul casi lo consiguió para los juegos de 2020. En la votación que se produjo en Buenos Aires el 7 de septiembre de 2013 superó ampliamente a la tercera posicionada, Madrid. Sin embargo, la derrota respecto a Tokio fue clara (60 votos respecto a 36). La expectación en Estambul era máxima y la manera cómo encajó la derrota el entonces primer ministro, Recep Tayyip Erdogan, habla por sí misma. El actual presidente y antiguo alcalde de la ciudad calificó la decisión de injusta y acusó al jurado de haber dado la espalda al mundo musulmán.

Hasan Arat, el entonces presidente de la candidatura olímpica, explicaba en un artículo publicado en la revista *Turkish Policy Quarterly*, que su estrategia no era tanto la de explicar por qué Estambul era la mejor candidata sino por qué lo era en ese momento. No obstante, el calendario no jugó precisamente a favor de los intereses de la candidatura Estambul 2020. Hacía sólo cuatro meses de las masivas protestas contra una operación urbanística en el parque Gezi que acabó derivando en un ciclo de movilizaciones antigubernamentales, duramente reprimidas y que el Gobierno turco presentó como una gran conspiración con

ramificaciones internacionales. A esto cabe añadir una situación en Oriente Medio cada vez más tensa y con consecuencias para Turquía cada vez más visibles en forma de refugiados así como de crisis bilaterales con varios gobiernos de la región. Tanto la crispación política y social como la proximidad del conflicto en Siria jugaron en su contra.

En la elección de la ciudad que acogerá unos juegos olímpicos pesan muchos factores y, paradójicamente, el deportivo no es el más relevante. Es una decisión política, económica y simbólica en la que también pesan temas culturales y de seguridad. Aunque el hecho de haber llegado a finalista pueda servir de consuelo, tantos fracasos acumulados obligan a reflexionar sobre qué factores están lastrando la posibilidad de que Estambul acoja y organice unos juegos olímpicos.

Un primer factor –no exclusivo de Turquía– son las dudas sobre las economías emergentes. Durante los últimos años, Turquía se había esforzado para asociarse al club de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) y por presentarse como un miembro activo del llamado Sur global. El hecho que Beijing y Río de Janeiro hubieran sido previamente seleccionadas para organizar los juegos de 2008 y 2016, respectivamente, parecía indicar que incluir el concepto de *emergente* era una buena carta de presentación. No obstante, el hecho de que muchas de estas economías –entre ellas, la brasileña– hayan entrado recientemente en crisis o la constante especulación sobre la sostenibilidad del modelo económico chino, obliga a cambiar de estrategia a partir de ahora.

El segundo factor es la inseguridad. La última vez que Turquía presentó su candidatura, la seguridad ya fue uno de los puntos negativos. Aun así, todavía estaba en vigor el alto al fuego del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) y se habían iniciado negociaciones entre este grupo y los servicios de inteligencia turcos. Siria estaba en guerra, pero Turquía parecía contener el problema en su frontera y la amenaza de la organización Estado Islámico se veía como algo secundario. Ambos factores, sin embargo, han cambiado. Por un lado, del proceso de paz con el PKK se ha pasado a uno de los peores ciclos de violencia en décadas y la violencia se ha trasladado de las montañas a las ciudades; por el otro, la organización Estado Islámico se ha convertido en una amenaza global y tiene a Turquía entre sus objetivos. Los atentados que Turquía ha sufrido en el último año son un duro golpe para el turismo y para la estrategia de convertir Estambul en un punto de encuentro para grandes acontecimientos de negocios, académicos y deportivos.

El tercer factor es la falta de apoyos internacionales o, mejor dicho, el creciente número de países que se han enemistado con Turquía. Quien fuera primer ministro y ministro de Exteriores, Ahmet Davutoglu, diseñó la doctrina de «cero problemas con los vecinos», pero en la práctica Ankara ha tenido que hacer frente a distintas crisis diplomáticas con Egipto, Siria, Israel y Rusia, que se han añadido a las difíciles relaciones con Armenia y Chipre. Es interesante recordar que un año después del voto en Buenos Aires sobre la candidatura olímpica, Turquía sufrió otro revés al no ser seleccionada como miembro no permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Entonces se especuló que algunos estados con los que Turquía tenía relaciones difíciles habían

llevado a cabo una contraofensiva diplomática para reforzar a los candidatos alternativos. No sería de extrañar que algo parecido hubiera pasado con los juegos olímpicos.

Estambul se merece organizar unos juegos olímpicos, pero, sin consolidación económica, sin estabilidad y sin reconciliación con viejos o nuevos enemigos, esta ciudad seguirá siendo una eterna candidata.

